

Guinea  
Escribe vlll

# GUINEA ESCRIBE VIII

GANADORES BATA Y MALABO 2023



## VIII Certamen de relato corto Guinea Escribe 2023



www.ccemalabo.es  
Facebook: @cce.malabo  
Twitter: @CCEMalabo  
Instagram: @CCEMalabo  
Youtube: @CCEMalabo

www.ccebata.org  
Facebook: @CCEBata  
Twitter: @CCEBata  
Instagram: @CCEBata  
Youtube: @CCEBata

### Derechos

©De esta edición: Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo  
©De los textos: sus autores  
©De las imágenes: sus autores

### Créditos

Corrección de estilo y texto: Grimaldo Eko Ndjoli  
Maquetación: Eyi Nguema Mangué  
Ilustraciones: coordinado por Gabriel Sangale Endje  
Coordinación: CCEBata y CCEMalabo

**Biblioteca Digital de la AECID (BIDA):** <http://bibliotecadigital.aecid.es>  
NIPO impreso: 109-23-057-9  
NIPO en línea: 109-23-058-4

**Catálogo general de publicaciones oficiales:** <https://cpage.mpr.gob.es>

### Nota previa

“La Fundación Martínez Hermanos otorga el Premio Literario Fundación Martínez Hermanos como parte del Certamen de relato corto Guinea Escribe”.  
Creada en 2013, la Fundación tiene como objetivo promover el desarrollo social a través de diversas áreas. Entre las que se encuentran la educación y la cultura, así como fomentar cambios de actitud y de valores que supongan un mayor compromiso de todos en la mejora de la sociedad ecuatoguineana.

Esta publicación ha sido posible gracias a la Cooperación Española a través de los Centros Culturales de Bata y Malabo, dependientes de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de esta publicación no refleja necesariamente la postura de la AECID.

Edición no venal

## ÍNDICE

Capítulo .....	Página
Índice .....	03
Prólogo .....	05
En la Gran Tienda. ....	09
El Paciente 01. ....	21
Las Últimas Palabras de la Tierra. ....	29
No Tropieces con la Misma Piedra. ....	37
Más Allá de la Oscuridad, el Amor. ....	47
Pura Resiliencia. ....	57

GUINEA ESCRIBE VIII

## PRÓLOGO

En un momento pensé en Fray Luis de León.

Me despertaron los cantares mañaneros de los pájaros que anidan en los arbustos que colindan mi morada. El despertar no fue ni brusco ni repentino. Me cantaron en sueños, siguieron en vigilia; y ya completamente despierto prosiguieron con su cantinela.

Escuchaba su cantar, su gorjeo y el aletear de sus plumas que se movían de las rejillas de mis ventanas a los nidos que habían construido con dedicación, parsimonia, delicadeza en las ramas de los árboles. Me propuse dedicarles mi tiempo, prestarles atención, oírlos. No sé si los estaba escuchando. No lo sé. Porque eso de escuchar, ya no digo entender... son palabras mayores. Y me acordé de ti.

El canto de los pájaros me trasladó al mundo de las palabras, de la expresión hablada y escrita y me puse a pensar en el dolor que destila la nueva narrativa, me refiero a la narrativa de los escritores noveles, producto de las publicaciones de los Centros Culturales de España en Guinea Ecuatorial. Más que de los propios escritores, de sus obras, de sus producciones. Y me pregunté por qué coincidencia casi todos los relatos, la novelística publicada en estos últimos tiempos en el país estaba plagada de violencia y tristeza; de dolor y angustia... como una huida a ninguna parte. Y me pregunté si era fantasía o realidad. Tantas voces sangrando hiel, tanta imaginación brotando de fuentes sórdidas, tanto clamor al cosmos... La realidad y la ficción no son más que dos caras de una moneda: la vida. La vida es realidad y ficción; esa vida la acuñan las sociedades, las comunidades de personas que comparten el mismo espacio, el planeta tierra. La órbita que traza no es más que el movimiento pendular que la lleva de un extremo al otro de la existencia humana: de la tragedia a la alegría.

Pues, parece que al siglo XXI le ha dado por comenzar en el extremo de la tragedia, razón por la cual las narraciones, aunque sean fantasía, son tan terribles: personajes amargados, tristes, fantoques y marionetas, cuyos destinos están desdibujados por “seudodioses” que, desde las alturas, se mofan y hacen chistes feos de su deambular.

El llanto de los pueblos suele transformarse en canto para aplacar su dolor y “engañarse” a sí mismos a fin de decirse que su trayectoria vital es la que se merecen, es la

que se han trazado ellos mismos, por no tener la capacidad de percatarse de que hay unos hilos que los tienen atados a los dedos de esos seres que los manejan y los zarandean a su antojo.

Espero que con el tiempo y, ojalá sea en breve, el péndulo esté ya a punto de pasar delante de mí para seguir su viaje al otro extremo, el extremo de lo dulce, de lo alegre. Y que esa alegría dure más que está durando este maldito sueño que es el primer tercio del siglo XXI.

Desde mi venta ya abierta, he espantado a los pájaros. Su vuelo, similar al soplo del viento, les traslada a las ramas de los arbustos colindantes a mi morada; se vuelve más trepidante el canto y, haciendo imaginación, supongo que de mí estarán diciendo algunas expresiones no precisamente agradables. Pero yo, como si nada.

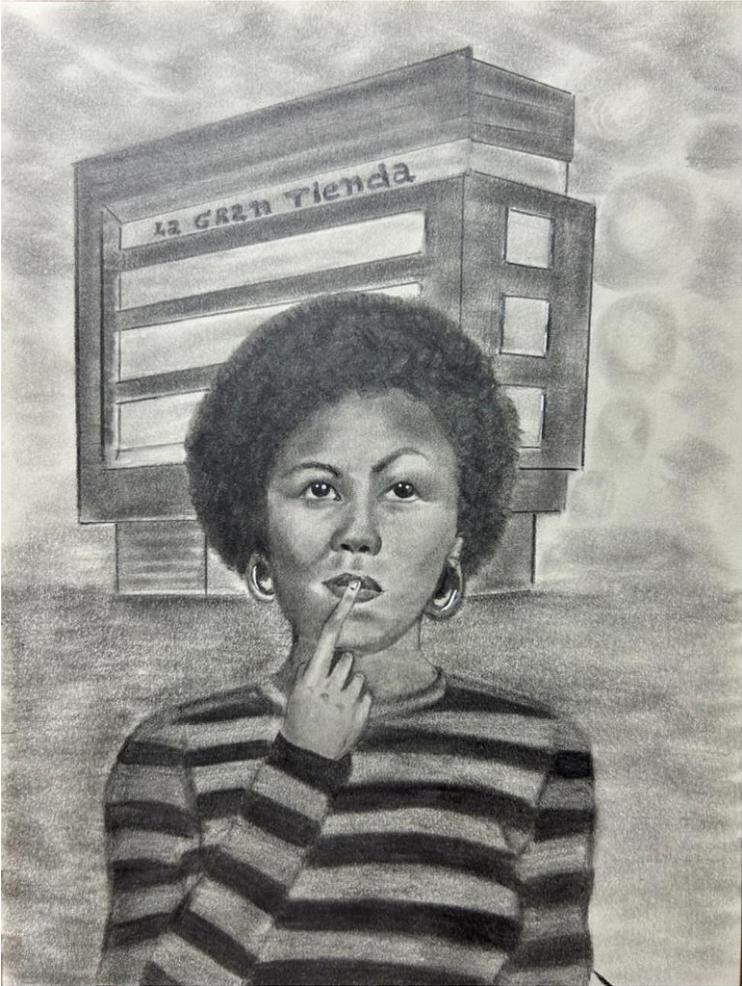
Esbozo una sonrisa y hablo conmigo mismo.

**Grimaldo Eko Ndjoli**  
Diciembre 2023

GUINEA ESCRIBE VIII

**EN LA GRAN TIENDA**  
**VERÓNICA NZANG BICORO MANGUE**

**PRIMER PREMIO, BATA**



Lo necesitaba con las ansias de alguien perdido en el desierto de Gobi que rastrea agónico la aparición de un oasis. Lo echaba tanto de menos que, al escuchar cada noche el fragor de sus recuerdos, dos lágrimas descendían por el cauce de sus mejillas, quedándose varadas en la frontera de los labios, donde se mantenían unos segundos temblequeando para terminar desplomándose en el océano del suelo. Con frecuencia recordaba sus manos fuertes culebreando por el llano de su espalda, recorriendo sus montes para hospedarse en una gruta húmeda que exigía mucho mimo. Nunca olvidó aquel beso obscuro que le robó una noche tormentosa en un callejón sin salida. Claro que lo había buscado. Toda la vida. Ni un solo instante había cesado de buscarlo.

Es cierto que Adelina Domínguez se casó poco después e incluso dio a luz a dos hijos, pero no es ésta una prueba concluyente que constate que lo olvidara un solo minuto de su vida. Aun con las coyunturas adversas, lo buscaba constantemente, utilizando estrategias que no pudieran ser neutralizadas por sus familiares. En rigor, era a él a quien en verdad consideraba su auténtica familia. Admitía que su existencia sin él había sido falsa, artificial, una vida vulgar en la que había interpretado un rol que no deseaba, que el poderío de las circunstancias la había forzado a fingir. Se juzgaba la actriz fracasada que no termina de encontrar el papel que necesita como puro alimento.

Junto a él las cosas hubieran sido distintas, menos rutinarias, seguramente más emocionantes. Por él rezaba cada noche a San Cucufato o a la Santísima Concepción, si se mantenía enfadada con el primero, rogándoles con

fervor devoto que su hombre apareciera de súbito, llamando al timbre de su casa para venderle una aspiradora, encontrándose por casualidad en la consulta médica en sustitución de la doctora Esteban o, al menos, formando parte del escuadrón de bomberos que con cierta frecuencia acudía para rescatar a su gatito cuando se encaramaba a la rama más orgullosa del álamo. Pero nunca tuvo demasiada suerte.

Las oraciones y las cuentas del rosario tampoco resultaron ser eficaces, ni la prensa y mucho menos la televisión. Acudió de incógnito a un programa televisivo cuya trama consistía en llorar ante la cámara, implorando que regresara el ser amado o que llegaran noticias de su paradero. Los responsables del programa disculparon la ausencia de llamadas aludiendo a que los datos proporcionados por Adelina habían sido escasos, insuficientes para que alguien, después de tantos años, pudiera ser identificado, pero no dudaron en felicitarla por lo bien que había llorado en pantalla, logrando gran audiencia el estrépito de sus lágrimas. Contrató el siguiente anuncio por palabras en un periódico nacional:

**CHICA BUSCA CHICO**

*Moreno, manos grandes, bigotillo,*

*Si en 1951 me amaste en la pensión Sagrario,  
llámame. Te necesito.*

Se cansó de desechar pretendientes. Al parecer fueron muchos los que habían frecuentado la pensión Sagrario ese mismo año, aunque ninguno de los pretendientes coincidía con los rasgos de su hombre. Nadie poseía su rostro severo ni esos ojos duros que se

hincaron para siempre en su memoria. Todos eran ancianos. Ninguno tenía las manos fuertes.

Luego vino el asunto de Karamba Salim, vidente africano. Se topó con él por casualidad, instalada su foto y el recuadro de su anuncio en las páginas postreras del periódico que envolvía una lustrosa longaniza recién comprada en la carnicería Arias. Compartía página con el horóscopo de la bruja Blanca, una pastosa retahíla de predicciones mantecosas como vísceras palpitantes. Ambos anuncios llenaban el espacio de una hoja de periódico con promesas o esperanzas o ilusiones de futuro. Adelina no pudo evitar leer su horóscopo, aries: lo que buscas, lo vas a encontrar. Y, a continuación, arrastrada por un afán de fe, fijó sus ojos en la proclama de Karamba Salim:

*Soluciono problemas de amor en 24 horas: abandonos, divorcios, peleas, infidelidades. Especialista en alta magia caribeña. Dinero, trabajo, mala suerte. TODO. FACILIDADES DE PAGO.*

Adelina no dudó en marcar el número para concertar cita con ese vidente de aspecto solemne, tal y como aparecía en la foto del anuncio. El vidente le pidió dinero por adelantado y más tarde le informó de que, como era el suyo un caso tan difícil, iba a necesitar un mínimo de una decena de sesiones, porque la magia, aseguraba Karamba Salim con mucha seriedad, perdía sus efectos según se distanciaban los años. Adelina fue lista. Al cabo de la cuarta sesión, cuarenta y cinco minutos cobrados a precio angula, en los que se dedicó a danzar desnuda en redor de una olla coronada por la

cresta de un gallo, al compás de una letanía entonada con malvada dulzura por el propio Karamba Salim, comprendió que el remedio podría ser peor que la enfermedad, ya que aquellas sesiones estaban mermando los menudillos de su pensión, y su hombre, el hombre con el que soñaba cada noche, seguía sin aparecer.

Alguien le habló de la Gran Tienda. Le habían dicho que allí lo encontraría sin ningún género de dudas, que cualquier cosa que necesitase estaba almacenada en la Gran Tienda. Había oído muchos comentarios sobre ella. Sus vecinas mencionaban maravillas sobre la amabilidad de sus vendedores, sobre la excelencia de sus productos o sobre el celo de los responsables para que todo estuviera a gusto del cliente.

- Todo es de primera calidad.
- Si algún objeto está dañado, lo cambias sin problemas.
- Los vendedores siempre sonríen.
- Aceptan tarjetas de crédito.

Arrancó su viejo automóvil y se dirigió a la Gran Tienda. Era un milagro que aquel viejo coche pudiera rodar aún por la ciudad. El coche, dos proscritos hijos tarambanas y una raquítica pensión de viudedad, fue la única herencia de su marido. Mientras circulaba por las avenidas, miraba de vez en cuando los retrovisores para advertir la presencia de coches inmensos, cuyos motores blasfemaban hasta casi atravesar las lindes del pecado. Pese a todo, la Gran Tienda merecía el privilegio de conocer su vehículo. Aunque llevara veinte años sin conducirlo. El parking era gratuito.

Sobre el mediodía se adentró en el túnel del parking. Estaba oscuro y un declive descendente la invitó a comparar su entrada con las aguas tranquilas de una laguna estigia. No se había fijado bien en la arquitectura exterior de la Gran Tienda, únicamente había notado cómo paneles gigantes, a modo de estandartes señeros, anticipaban las excelencias del lugar. Un guardia de metacrilato le sonrió con dulzura y, pulsando un grandioso botón rojo que languidecía ante él, ordenó levantar la barra que franqueaba el paso, aunque un neón ámbar informara de que allí dentro todo estaba ocupado. Adelina condujo unos metros a oscuras —las luces de su vehículo padecían una especie tenaz de miopía— hasta que se topó con una fila de coches de los que descendían hombres y mujeres en trance, tal vez hipnotizados, que cedían las llaves de sus vehículos a operarios abastecidos con monos verdes, rotulados con el logotipo de la Gran Tienda en la espalda. Adelina hizo exactamente lo mismo: abandonó su coche, depositó las llaves en el cuenco de unas manos mendicantes y se dispuso a acceder a la Gran Tienda. Una flecha fosforescente, inscrita en el suelo, indicaba la dirección unívoca de los ascensores.

Durante el paseo por el parking, no solo le llamó la atención que algunas parejas se besaran desafortadamente en el interior de sus vehículos, arropadas por inmensas bolsas de la Gran Tienda, también descubrió a otros clientes desperezando un sueñecito, recostados sobre columnas y arrebujados bajo mantas con la marca de la Gran Tienda.

Subió directamente a la última planta. Le habían aconsejado que en la Gran Tienda convenía buscar de arriba a abajo, de la última a la primera planta, siguiendo un orden que no frustrara el hallazgo del objeto pretendido. La última era una planta de bisutería, de silenciosos ajuares de plata que proporcionaban a la inmensa estancia una fisonomía cristalina. Osó acercarse a un vendedor que se despellejó a latigazos de sonrisa al observar que Adelina se aproximaba para preguntarle algo.

—Busco a un hombre moreno, de grandes manos y bigotillos enhiestos a la moda de 1950 —exigió Adelina.

—Aquí solo tenemos cacerolas y artilugios de cocina, pero pregunte en la planta de caballeros, allí tienen ofertas —le respondió el vendedor camuflado tras su sonrisa de sandía.

—Me han dicho que aquí puedo encontrar de todo. Lo asegura también el anuncio.

A lomos de la escalera mecánica logró llegar a la planta inmediatamente inferior. Pese a que las bolsas de las cacerolas le pesaban un poco, Adelina no pudo resistir la tentación de acaparar un juego de olla exprés y cacerola muy ajustadas de precio. Se dejó llevar por el vaivén ligero de la escalera mecánica, probándola en ambas direcciones, arriba y abajo, y luego abajo y arriba, así hasta que se cansó, mientras un megáfono parlante, ubicado en algún misterioso punto del establecimiento, anunciaba ofertas y rebajas y semanas fantásticas en Pakistán y promociones de un llévase dos pagando solo uno y cosas semejantes.

Adelina no dudaba de que en la Gran Tienda encontraría lo que buscaba. Allí disponían de todo: mocasines exportados de Teherán con olor a faquir famélico, maravillosas pieles de cocodrilo apesado en las riberas del Tajo, una cabeza jibarizada inserta en un frasco de mermelada e incluso tarrinas de papilla para orangutanes lactantes. Se hallaba en la sección de oportunidades, de eso se dio cuenta casi nada más entrar en ella, porque decenas de saetas con el rótulo de OFERTA dibujado sobre sus lomos sobrevolaban por doquier. Un anciano, que arrastraba los pies y se guarecía tras un batín de andar por casa, la agarró del brazo y le susurró al oído:

—Usted parece una buena persona, váyase de aquí cuanto antes, yo llevo varios años explorando la sección de oportunidades y todavía no he encontrado lo que buscaba. Usted parece buena persona: escape o se arrepentirá siempre. Supongo que éste es mi destino.

Adelina miró al anciano con cierta conmiseración, la que se puede sentir por una persona que ha masacrado su dignidad en campañas absurdas, y siguió retozando entre manoplas de lana con agujero y sandalias santas de pescador, al mismo tiempo que trató de responder al anciano:

—Yo busco a un hombre moreno de manos hercúleas y bigotillo afilado y de aquí no me voy hasta que lo encuentre.

No lo localizó en ninguno de los recodos de la planta, pese a que obtuvo con infinita buenaventura una espátula oxidada que garantizaba la extracción de cualquier costra perenne de mugre y un casco de ciclista tirado de precio. Las bolsas le pesaban cada vez más.

Tuvo que alquilar uno de los carritos propulsados a motor que conducían jóvenes grumetes a cambio de unas monedas. Es cierto que ella no podía con el peso de los bultos, pero también necesitaba al muchacho para orientarse y localizar al fin la planta de caballeros, el lugar donde encontraría a su hombre. La Gran Tienda poseía un maremagno de carteles indicadores, que señalaban con mucho boato el contenido y la ubicación de cada planta, pero la mayoría eran contradictorios, de modo que el que los siguiera, podía acabar su trayecto en el mismo punto de origen. Relacionado con esto, le dijo un niño, enseñoreado con los estigmas del acné, que casualmente pasaba por allí.

—Llevo varios años intentando localizar la puerta de salida —se quejó el ya adolescente.

Una música perseverante, compuesta por modernas cancioncillas pegadizas, inspiraba a los clientes a realizar sus compras al baile, compulsivamente, introduciendo en los carros cualquier prenda que apareciese a su paso, obedeciendo a un ritmo frenético que se infiltraba en la epidermis del comprador, una especie de veneno malsano inoculado en cada entraña compradora.

Por primera vez desde que ingresó en la Gran Tienda, Adelina fue capaz de serenarse para estudiar el terreno que estaba pisando. Comprobó que la Gran Tienda no poseía ventanales y que unos anchos paredones simétricos la aislaban del exterior, formando celdillas según la arquitectura de una ratonera. Los compradores formaban remolinos de avaricia luchando por los artículos deseados. Algunos dormían en las esquinas después de una larga jornada de compras.

Descubrió a un joven encorbatado lavándose los dientes frente a un espejo. Y a una madre que rastreaba las huellas de un hijo perdido. De todo ello extrajo una sola conclusión: todos los compradores eran iguales, un extraño efecto mimético los forzaba a actuar de la misma manera.

Al fin, Adelina descubrió la planta de caballeros. Las indicaciones de los vendedores la encaminaron ineludiblemente hacia allí. Era una sala menos iluminada que las anteriores, tal vez sujeta a mayor orden. En la planta, se podían encontrar chaquetas de Antelina, zapatos de cuero marrón, corbatas de lunares y un muestrario bastante numeroso de hombres colgados en sus respectivas perchas, hombres sufriendos que solicitaban, con insinuantes sonrisas, al comprador de turno el favor de abortar sus condenas echando mano de la tarjeta de crédito. La mayor parte de ellos mostraban gestos de res a punto de ser sacrificada. Sus precios no estaban nada mal. El descuento ascendía al 15%. Adelina fue rastreando con ímpetu ese muestrario de hombres emperchados, escrutando con esmero el rostro de cada hombre a la búsqueda de aquel que en un tiempo remoto la hiciera feliz una bendita noche. Un hombre rubio con la tez anaranjada le resultó realmente atractivo. Otro le pareció simpático y el de más allá, encantador. Se tropezó con varios hombres de aspecto miserable, incluso con un ser horrendo. Pero el suyo, ese hombre moreno de fuertes manos y coqueto bigote, no se hallaba entre los cromos de aquel álbum de hombres colgados. La tristeza se apresuró a conquistarla. Su mente huyó al pasado y pudo disfrutar del recuerdo de unos labios succionando los suyos. El cuerpo se le encabritó de golpe. Una culebra

de deseo le fue recorriendo las piernas hasta quedar cobijada en su vientre. De pronto, los colmillos de la esperanza sacaron a relucir una idea. Adelina Domínguez se abalanzó sobre un vendedor de plástico que expulsaba misiles de amabilidad y se atrevió a preguntarle:

—¿Van a traer hombres nuevos? No encuentro al que busco.

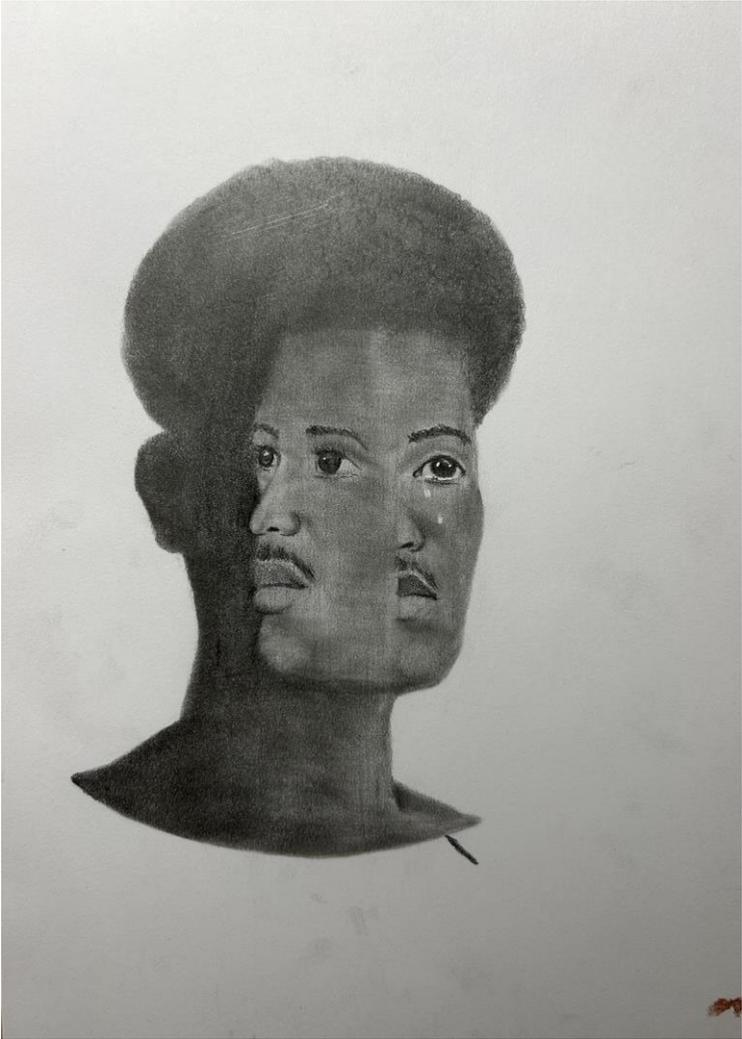
El vendedor enlutó su sonrisa con un movimiento negativo que comportaba dudas y le respondió:

—Yo creo que hasta la próxima semana no entrará género nuevo.

Y Adelina Domínguez se fue marchando lentamente, aferrando el peso de sus pertenencias con cierta tristeza, dirigiéndose hacia el acomodo libre de una esquina, expedita de compradores derrengados, extrajo de una de sus bolsas una de las mantas que había comprado de oferta en una de las plantas más concurridas de la Gran Tienda y se tumbó a esperar.

**EL PACIENTE 01**  
**JUAN DE DIOS ELA NZE FUNDI**

**PRIMER PREMIO, MALABO**



Sabía que algún día tendría que revelarme al mundo y darme a conocer, abrirme al cosmos y empatizar con otros sujetos que sufren los mismos delirios y alucinaciones.

Quiero que me pongas toda la atención del mundo, porque si yo lo sufro, seguro tú también, pero si no es la realidad que vives, imploro tu empatía y de lo más cortés.

Soy el paciente 01. Cuando nací los seres humanos me diagnosticaron personalidad múltiple, esquizofrenia, y numerosos trastornos; un secreto que bajo la luz de la eternidad ha vivido entre mis médicos —los humanos— y yo. Tal vez el destino te negó la oportunidad de leer mi historial médico y poder participar en la decisión del jurado, por eso ahora te expongo los síntomas de lo que padezco, para que tú también hagas tu diagnóstico. Pertenezco a este mundo en el que vives tú como el resto, pero me identifico con otro mundo diferente a éste: un mundo perfecto. La mezcla de esos dos mundos, crea en mí una distorsión negándome la oportunidad de control, pero a veces, creo que pertenezco más a ese mundo de las ideas que al mundo real: este es mi primer trastorno; me explico:

En el mundo imaginario, se me presenta una vida perfecta, donde los valores supremos son el respeto y la dignidad. Ahí, los actos dicen más de la honestidad y lealtad de las personas, la confianza se conquista con firmeza y pureza, y la responsabilidad se gana por méritos; situación adversa en el mundo real, la confianza se gana por medio de las palabras, el respeto se impone y se exige sin dar contrapartida, las apariencias dicen más que la misma esencia de las cosas.

Aguarda, no tengas mucha prisa, la información compartida es solo una migaja de lo que me pasa, hazte una idea de la magnitud de mi sufrimiento, aquello por lo que paso.

Parece que encajo solo porque soy de la especie, sí; te lo creas o no, soy humano, pero no. No encuentro mi lugar en la sociedad humana, no estoy conforme con que este sea mi mundo, como bien lo dijo Anderson: “quien te diga que la unidad significa uniformidad quiere quitarte tu originalidad”.

Allá por donde viaja mi mente, los hijos obedecen a sus padres sobre todas las cosas, bajan la cabeza cuando ellos hablan y actúan con toda diligencia y bajo la supervisión de sus patriarcas, pero aquí, donde habita mi cuerpo, los niños llevan la contraria a sus padres, tienden a someterlos a sus caprichos y les hacen frente, presumen ser titulares de los derechos del niño, y no insistas, porque si lo haces, te juro por Dios que se encierra en el cuarto de la casa cuya renta pagas tú y te obligan a permanecer inmóvil y a respetar su derecho a la intimidad.

Una persona normal no debería concebir dos realidades diferentes en un mundo, una situación y un instante, en ello se basaron mis médicos y es justo lo que me pasa: se me presentan realidades adversas, debe ser que sufro de esquizofrenia y, tal vez, no sea una persona normal. Pero qué sabrán de normalidad si regalan rosas a los muertos y pasan la noche en vela acompañando a un cuerpo sin vida que, cuando la tenía, no recibió visitas de tan siquiera una hora al mes: eso solamente pasa en este mundo real.

Cuando pido orientaciones a los consejeros que viven en mi imaginación, me aconsejan que la razón del saber es servir y trabajar para el bien de la comunidad, me aseguran que los vivos viviremos mejor siempre que el conocimiento adquirido sea invertido para dar solución a los problemas, proyectar un entorno pacífico y dar la mano a cualquiera que lo necesite, pero en este mundo ostentoso de criaturas avariciosas y crueles, los que más saben son los primeros delincuentes, son escurridizos y viven para engañar a los demás y sacar beneficios, crean los problemas y los malestares para simular una solución y engañar a los ciegos. Definitivamente, este mundo me defrauda, pero era de esperar: en el mundo en que vivimos gobierna el fraude.

Pero no quiero distorsionar la verdad, debo confesarte que he cometido errores culpabilizando a este mundo, pero el mundo en su esencia es puro e inocente, el problema son los hombres que lo han hecho víctima de sus atrocidades y actos indecentes, por eso manifiesto mi total disconformidad con la idea de que el hombre, por naturaleza, es bueno y que es la sociedad la que luego lo corrompe. Aquí el único que corrompe es el hombre, ha recibido el cobijo de la naturaleza, fue proclamado rey de la tierra y del universo y, desde aquel entonces, el mundo es un lugar inseguro; pero bueno, quizás por eso ya no me sorprende que a estas alturas me llamen enfermo, no estoy en el ajo.

Una vez, hablé con un anciano que vive en mi cabeza, quería tener nociones acerca del poder. Le consulté acerca del mismo y la manera en que debía ser ejercido...

Me dijo el anciano que el poder era como pastorear a las ovejas. En este caso, nosotros, el pueblo, somos las ovejas y el pastor es el detentor del poder; no debe engañarnos ni maltratarnos por mucho que pueda hacerlo, no es el rol del poderoso; su labor es guiarnos, alejarnos del peligro y protegernos ante cualquier situación peligrosa. Básicamente, debe actuar en pro de nuestros intereses. Pero en mi despertar, creí que el anciano me había mentido, porque estaba en el mundo real y lo que vi era prácticamente incomprensible, totalmente contrario a lo que me había enseñado el anciano.

Créeme que jamás habría estado más satisfecho si esta cólera no me hubiese tocado a mí, esta mancha de impureza que me ha salpicado por vivir en un mundo predestinado al abismo me atormenta y me devora lentamente; estoy enfermo, puede ser, vivo una realidad que ni concibo ni asimilo. Soy pragmático, pero en mi cabeza viven ideas que no puedo materializar y duermo en un entorno que no puedo cambiar. Me gustaría conformarme como los humanos y aportar un granito de arena a este tinglado de anarquía.

Nosotros, los humanos, somos tan testarudos que, a tan solo unos minutos de la existencia de la humanidad, hallamos la ligera diferencia que hay entre el mal y el bien y hemos aprendido sus consecuencias, pero en todo momento antepoemos el mal porque a pesar de que vivimos en comunidad solo nos movemos por intereses particulares.

Supongo que Anderson tenía razón cuando dijo que comprometer los valores y principios que se tiene resulta de la incapacidad de asumir la responsabilidad derivada

de la asertividad. Pero lo reconozco, me cansé de quejarme todo el rato y de manifestar mi disconformidad ante esta desgraciada realidad, así que me puse a pensar y viajé otra vez al mundo perfecto. Quería extrapolar las realidades e implementar el cambio en mi mundo real para el bien de toda la comunidad, pero también era consciente de que a este mundo no se le cambia, porque su virus se expande y consume a cualquiera que quiere implementar un cambio en él.

No soy el único capaz de ver las irregularidades de este mundo ocupado por hombres corruptos que le han puesto un precio a los valores y principios decentes, tampoco soy el único que quiere cambiarlo aunque parezca que estamos todos en el mismo barco, sé que hay muchos con un corazón puro y con intenciones nobles e iniciativas laudables, sé que hay muchos enfermos como yo que no se conforman con este modus operandi de la vida y es a éstos a quienes estoy buscando: gente que conoce el ser, pero prefiere implementar el deber ser aunque con ello se les llame enfermos como lo han hecho conmigo.

Sé que tú estás ahí, puedes leer y entender mi mensaje. Debemos cambiar el mundo y hacer de él un lugar más seguro: ¡podemos cambiar el mundo!

He escrito este fragmento de obra para compartir mis dolencias contigo y hacerte ver la razón por la que me han diagnosticado tantas enfermedades; algunos, incluso, me tachan de arrogante y otros me llaman perfecto, sabelotodo o *súper-razonable*. Jamás imaginé que los hombres pudieran llegar tan lejos cuando adoptas una postura contraria a sus actos. No soy un ser perfecto, solo quiero que las cosas se hagan lo mejor posible y para

el bien de todos, por eso cuando veo una irregularidad, me imagino esta misma situación, pero con las cosas bien hechas, por lo que, constantemente ando compaginando dos realidades, dos mundos: un mundo real que es éste en el que vivimos y otro imaginario y perfecto, donde mi único deseo es que mi mundo imaginario sea el que se convierta en el mundo real y que las cosas malas de nuestra realidad desaparezcan.

No quiero que este barco esté seguro en el puerto, el creador no lo hizo con esta intención, quiero que esté seguro navegando por los océanos con las personas a bordo. Creo que Albert Einstein hizo esta reflexión sabiendo que algún día abordaría este tema. Si la mala fe de los impíos ha contaminado nuestro entorno, quitemos las manchas con la buena fe, el mal no debe permanecer ni prosperar, aunque “del dicho al hecho hay un gran trecho”, soy consciente de ello, pero también soy consciente de que el mundo puede volver a ser un paraíso.

Sé que estás ahí, has leído mi historial médico y la descripción de mis trastornos, dime cuál es tu diagnóstico.

**LAS ÚLTIMAS PALABRAS DE LA TIERRA**  
**SEGISMUNDO CARMELO NTUTUMU NDONG**

**SEGUNDO PREMIO, BATA**



Yo me llamo Tierra y soy habitante de la Vía Láctea, estoy aquí porque quiero contarles una pesadilla que tuve hace tiempo. En un momento, creyendo que solo soñaba, me pareció ver como si explotaba, lo digo porque pese a que explotara seguía respirando y todo, en lo único en que noté que me afectó la explosión fue en que partes de mí, continentales, se distanciaron unas de otras, por ejemplo, mi parte africana se había alejado de mi parte europea, y como esas dos, así también el resto de mis partes continentales. Al principio no me imaginaba cuál podía ser la causa de aquel suceso, pero más tarde hice memoria como para entenderlo, y lo único en que reparé fue en que había acogido recientemente a unos seres extraños que parecían distintos del resto de los animales que ya albergaba en mi superficie, al menos en aspecto, porque sus actos, de los animales no se diferenciaban tanto. Supuse que ese hecho tendría algo que ver y, creedme, yo estaba en lo cierto, porque después de 24 horas me fui al médico de los planetas, el Dr. Órbita, quien me dijo que tras unos análisis a los que me sometió ya sabía lo que tenía: era el virus del ser humano.

“El virus del ser humano” era provocado por algo en la mente de los seres humanos llamado ansias de poder, y lo que hacía era inducir a los seres humanos a querer ser los primeros en todo y a cualquier precio; me dijo que aquello era tan peligroso que cuando se desarrollaba, era capaz de dejar destruidos hasta planetas enteros. El tema era de vital importancia y peligroso, yo sin saber, había acogido a seres que querían matarme y no solo a mí, sino a cualquier otro planeta que les acogiese. El doctor adjuntó un informe y avisó a la

convención de planetas del sistema solar. Se convocó una reunión a la que acudieron todos los planetas excepto uno, Marte. En la reunión, el Dr. Órbita expuso el caso, a la vez que les daba a conocer los mecanismos de prevención para el mal que se avecinaba. En mitad de la reunión alguno de los planetas allí presentes propuso una vacuna que ayudaría a salvarme, ése era Venus, Ministro de defensa contra amenazas virulentas y seres despreciables que, además, era mi primo; y su propuesta era muy buena, pero si me inyectaba aquella vacuna, los seres en mi superficie morirían; algo a lo que me opuse en un principio. Por otra parte, tomé la palabra y dije:

—Ya sé que el virus lo portan los humanos, pero no creo que sean todos.

—Correcto —corroboró el Dr. Órbita.

—Entonces, ¿por qué iba a matarlos a todos?

Tras decir eso, se oyeron murmullos entre los planetas. Y yo, después de ponerme a la defensiva, sabía que, al menos, tenía que darles a los demás una solución, y lo que propuse fue que, en lugar de despojarme a mí de la vida en mi superficie, ellos que la tenían, pero sin ningún ser vivo pendiente de ella, estaban todavía a tiempo de ocultar cualquier señal de su existencia. De esa forma, cuando los humanos intentaran infectarles, los encontrarían inmunizados de algún modo. Fue una buena solución, y todos la acataron. Bueno, todos los que asistieron lo hicieron, el problema estaba en que no todos estuvieron en la reunión, tal era el caso de Marte, mi hermano y en él cogía fuerza mi preocupación; era el planeta que no estuvo en la reunión, por lo tanto, sería el único también que quizás no supiese aún de la amenaza, pensé. En cuanto a mí, intenté conectarme con algunos

seres humanos, sobre todo los de mi lado africano, que eran entonces una zona mía donde todavía no se había extendido la infección, les quería hacer ver que tal como vivían hasta ahora, sin fabricar cosas extrañas y sin quitarle tantas porciones a mi ser era mejor. Y ese intento habría dado frutos si no fuera porque la zona europea ya estaba tan infectada que algunos miembros de allí, bajando por los canales, en el flujo atlántico, habían venido a contaminarles y hacerles creer que el enemigo era yo; el planeta que los mantenía con vida, el planeta que los defendía frente a la idea de la convención de matarles. Fue un golpe bajo para mí, el ápice de esperanza que quedaba en mí y que me daba fuerzas también se había infectado, pero luego de eso pensé que, como no fueron los que despertaron el virus, sería fácil quitarles la posibilidad de seguir infectándose. Para ello acudí a mi primo Venus y él me dio una poción llamada ébola, me la tragué y acto seguido estaba notando cómo los infectados que llegaron de la zona europea se volvían, pero esta vez por todos los canales con el fin de alejarse como fuese de la zona africana, ahora atacada por la poción del ébola. En cuanto a mí, tanta movilidad hizo que me marease durante un rato y, al incorporarme, vi que a los humanos de la zona africana el efecto del ébola les estaba devastando, por lo que tomé mucha agua para intentar disminuir su fuerza de devastación y afortunadamente así fue, se redujo un poco. Les había hecho daño, pero al menos les había despojado del virus por un instante y separado de los europeos que no les iban a traer nada bueno. Consciente de que los humanos infectados procedentes de la zona europea iban a intentarlo en alguna otra de mis zonas continentales, fui a

ver al Dr. Órbita otra vez y le pedí que si tenía una vacuna para, al menos, retardar la expansión del virus en algunas zonas, que me la inyectase. Él, por su puesto, la tenía y me la inyectó; la llamó la vacuna de la corona, es decir, lo que hacía era aislar a los habitantes de una zona de mi cuerpo de otros; era perfecto para mí, a fin de que los humanos infectados de las ansias de poder de una zona, no pudiesen ir a zonas donde ese virus no había conocido tal evolución que en ellos ya había. Pero no fue del todo bien la cosa, el virus de los humanos era más potente que la vacuna de la corona, era cuestión de tiempo que se introdujera en la vacuna y, con ello, tomara el control sobre el resto no infectado, ¡qué pesadilla! Y ¿Sabéis cuando uno está en un sueño y está a punto de ser jodido para variar, y desaparece en el acto? eso hice yo al ver la cara de los humanos infectados de ansias de poder, o lo intenté más o menos, porque cerré los ojos y al abrirlos seguía viendo aquella pesadilla que iba cada a vez peor. Ahora los infectados de mi zona europea con sus actos, habían infectado a casi todas mis partes continentales, y lo más raro era que ellos mismos parecían no tener ya el virus de las ansias de poder, al menos no como los humanos de las zonas americana y asiática, a quienes el virus ya hacía incluso delirar, les hacía fabricar unas especies de armas que lanzaban por doquier, unas cajas de hierro que cuando se lanzaban, a veces al amar, otras al desierto y otras al vacío o a otras zonas continentales, cualquiera que fuese la parte de mí en el que caían quedaba afectada de diversas maneras a cada cual más lamentable que la anterior. Todo parecía indicar que los humanos, con su enfermedad, iban a matarme y, con ello, a ellos mismos también; por lo que,

consciente de que no lo estaba soñando y de que tenía que hacer algo más, se me ocurrió avisar al planeta que hasta ahora no estaba informado, al segundo de mis padres que, como yo, también tiene vida y muchas ganas de albergar en su superficie a seres humanos: Marte, mi hermano. Y se lo hice saber por medio de una carta que decía lo siguiente: “¡Querido Marte! Los humanos casi han acabado conmigo, estoy en las últimas, pero sé que cuando lo hagan el siguiente a por el que van a ir serás tú, es por eso que te escribo, para prevenirte, los demás planetas ya lo saben, pero tú no. Como tu hermana que soy debiste venir a la reunión que convocaron por mi mal estado de salud provocado por los humanos que albergo. Sé que no nos llevamos bien, pero no dejes que eso afecte y haz caso a mi advertencia, por favor. Cuando me muera, si sobreviviese algún ser humano, lo cual dudo, pero si pasara, no lo acojas en tu suelo, esté infectado o no, porque al ser humano le he dado muchas oportunidades y todas han resultado perjudiciales. Me he dado cuenta de que el virus de las ansias de poder que tienen les incita a hacer muchas cosas malas y, teniendo en cuenta que es algo con lo que ya nacen sin poderlo evitar, lo mejor que podemos hacer, por el bien de la convención de los planetas, es dejar que se extingan conmigo, tal vez, solo sin su existencia podremos tener en el futuro una Vía Láctea segura. Te quiere tu hermana, Tierra”.

GUINEA ESCRIBE VIII

**NO TROPIECES CON LA MISMA PIEDRA  
VARIAS VECES**  
ASUNCIÓN ANTONINA ESUA IYANGA

**SEGUNDO PREMIO, MALABO**



Dicen que los niños apenas nos enteramos de las cosas, pero siempre creí que no era así. Es más, somos los que mejor nos enteramos de todo y, por cosas como estas, los mayores deberían hacernos más caso.

Desde que era una cría, y a medida que iba creciendo, veía entidades que entraban y salían de mi habitación, siempre ocurría en las madrugadas cuando todos estaban acostados. A veces me tocaban y jugaban conmigo, otras veces eran maleducados y se burlaban de mí. Luego empecé a verlos por todas partes a todas horas del día. No solo los veía, sino que presentía cuándo uno de ellos se acercaba o cuándo varios se acercaban a mí al mismo tiempo. Pensaba que era lo normal, que todo el mundo lo veía y que todo eso formaba parte de nuestras vidas diarias hasta que un día se lo conté a la abuela.

—Tú tienes un don espiritual —fue lo que dijo.

Fue gracias a mi abuela que nos mudamos de casa, ya que mis padres y mi hermano mayor, Kuma, le quitaban la importancia que tenía, ellos tendían a decir que eran cosas de niños, ilusiones mías; pero la abuela siempre salía en mi defensa y me enseñaba a orar. Me contó que también le sucedía a ella, que no debía sentirme anormal y que teníamos la habilidad de ver o presentir el mundo espiritual, dijo que lo podíamos usar a nuestro favor y al de los demás. Cuando partió, mi vida cambió con mucha diferencia.

Todo empezó en una noche de verano cuando la lluvia no cesaba de caer ni la tormenta, de tronar. A altas horas de la noche, la nueva vecina estacionó su coche en su patio y se acercó a nuestra casa para anunciarnos que

había llegado sana y salva a su nueva casa, como si aquella noticia nos importara.

—Está bien —le respondió mamá después de dar un gran suspiro—. ¿Y quién es usted? Si se puede saber.

—Muagonya.

Su nombre fue lo primero que me llamó la atención, ya que en ndowé significa “diablo”, ¿qué madre se lo pondría por nombre a su hija?

Así fue que, desde que llegó, no hubo ni tan solo una semana que no viniera de visita a nuestra casa, siempre estaba ahí, dispuesta a lo que sea con la excusa de ayudar a mi madre, ya que, con el tiempo, se hicieron muy pero que muy amigas. Siempre tan educada, arreglada, positiva, amable. Luego se convirtió en esa persona que cualquier niño querría tener en su vida, alguien que no le negara nada, no le regañase, nunca llegaba con las manos vacías, siempre tenía algo que ofrecer, y así era como compraba nuestro cariño.

Todo iba genial hasta que un día Muagonya llegó a casa y mi hermano pequeño Kendi, de tan solo un año de edad, comenzó a llorar amargamente sin parar. En ese instante presencié malas energías y me forcé a pensar que no tenía nada que ver con la vecina. Muagonya quiso calmar al niño y se ofreció a cogerlo pero el pequeño luchó con todo su cuerpo para evitar a la señora. Yo me levanté, lo recogí del suelo y me lo llevé a su habitación donde, pocos segundos después, se calmó y ya no volvió a llorar. Fue extraño porque ese mismo día todos cayeron enfermos tras comer del pastel casero que había preparado ella, todos menos yo.

—¿Crees que puede ser por haber comido eso?

—¿Eso qué? —gruñó mi madre—. ¿La tarta? ¿cómo va a ser eso?

—¿Dices que Muagonya nos ha intoxicado? —me preguntó mi hermano mayor, Kuma.

Todos callamos en ese momento, ya que la pregunta tenía su gracia. Me incomodé porque no quería señalar a nadie así de temprano y guardé para mí todas mis sospechas.

Muagonya seguía viniendo a casa y Kendi lloraba cada vez que la veía. En una de esas visitas trajo consigo un montón de cuadros religiosos para que fueran colgados por toda la casa, ella dijo que nos sería de mucha bendición. Ese día, papá no tenía ánimos de colgar los cuadros cuando mamá le insinuó que lo hiciera; es más, llegué a pensar que él no quería tener en su propiedad aquellos obsequios. Cuando Muagonya vio que papá no estaba por la labor, se inquietó tanto y se prestó a hacerlo ella misma. No me esperaba que mamá le ayudase pero lo hizo y con mucho ánimo.

—Mamá, ¿es necesario que tengamos todas esas fotos en casa?

—No empieces con “no me da buenas vibraciones”. En la vida uno tiene que ser agradecido, sobre todo cuando le regalan cosas.

Quise responder a mi madre que no todo lo que alguien te regala debía ser aceptado, pero no lo hice porque sabía que diría que le estaba faltando al respeto y que me había vuelto muy contestona.

Muagonya apareció al día siguiente con un espejo de gran tamaño, dijo que quedaría muy bien en el salón y lo colocó al lado de la tele sin que nadie se opusiera a ella. Como ya era de costumbre, Kendi lloraba y nos ausentábamos hasta que se iba. Me preguntaba cómo es que nadie más se estaba dando cuenta de la situación, ya no era solo su presencia sino el olor que traía consigo, a putrefacción. A partir de ese día comenzaron las actividades paranormales.

Fue todo muy brusco, repentino y sin disimulo. Las entidades demoníacas comenzaron a interactuar con el pequeño Kendi y conmigo. A pesar de mis constantes advertencias, nadie me hacía caso. Así fue que decidí actuar por mi propia cuenta. Una noche cuando todos ya dormían, me levanté sigilosamente de mi cama y emprendí mi camino hacia el salón, tenía la intención de echar a la basura el espejo porque ahí convivían varios espíritus, salían y entraban cuando querían. No sabía cómo iba a lidiar con todo su peso pero sí estaba decidida a hacerlo. Me situé en frente y observé mi reflejo, no creo que pasaran ni diez segundos cuando, de repente, sentí que algo rozaba mi pierna izquierda, di por hecho que se trataba de Guffi, nuestra mascota, quise empujarlo para que me dejara y cuando miré hacia su dirección no estaba él. Literalmente, no había nada y algo seguía frotándose en mi pierna con mucha insistencia, no lo podía ver, y si quería llamar mi atención, lo había conseguido. Después de varios minutos luchando en silencio, la sensación de roce desapareció y sentí mucho frío, la intuición me decía que se trataba de algo muy maligno dispuesto a hacerme daño. Tenía la sensación de que algo o alguien me estaba observando cuando los cuadros religiosos comenzaron a

moverse en círculos en las paredes con mucha velocidad y sin parar. Me asusté tanto y topé directamente con esa mirada malévolamente que asomaba por una de las ventanas que había quedado abierta del salón, era Muagonya, con el mismo olor a putrefacción. Estaba desnuda y me pareció que estaba dispuesta a entrar en la casa cuando papá apareció detrás de mí.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

Miré a mi alrededor y todo lo paranormal se había detenido.

Una vez más, por la mañana, se lo conté a toda la familia, pero ya ni me escuchaban.

—Estás en el limbo —se pitorreó Kuma.

—Deberías centrarte un poco más, Ivenda —me comentó papá—. Ya eres mayorcita.

—Hoy vas a verificar que no es mala gente. Esta tarde vendrá a cuidaros a Kendi y a ti porque vamos a salir.

Mamá no esperó a que contestara.

—Y no, no podéis venir a donde iremos porque sois muy pequeños. Muagonya ha dicho que podrá cuidar de vosotros, así que pórtate bien y, por favor, no hagas que me avergüence de ti.

Nos quedamos solos en completo silencio cuando abandonaron el hogar. Cuando sonó el timbre me pareció estar en el episodio de una película de terror. ¿Quién abriría la puerta? Yo, no. Kendi, mucho menos. Pero tampoco hubo necesidad de que lo hiciera ya que la misma se abrió solita dando paso a Muagonya.

—¿Qué haces allí parada? —se acercó a mí a pasos agigantados.

Kendi, como era de esperar, comenzó a llorar a lágrima viva.

—Dámelo, ya verás cómo jamás volverá a llorar.

Me lo arrebató de las manos bruscamente y se encerró con llave en el baño principal. Jamás olvidaré la forma en la que golpeé la puerta reiteradamente para que me abriera. Cuando conseguí entrar, mi hermano yacía muerto debajo de las aguas que cubrían la bañera.

—¿Ves lo que has hecho? ¿Cómo se lo explico yo a tus padres?

Me abalancé sobre ella y tiré de su cabello para hacerle daño. La mujer era demasiado fuerte para mi diminuto cuerpo. Logró deshacerse de mí para luego echarme al suelo, escupirme, abofetearme y asfixiarme agarrándome del cuello.

Después de la tortura, llegó la calma. Me acordé de mi hermano y me levanté para socorrerlo, el pequeño estaba calmado y jugaba con el agua. Su risa de niño era divertida y contagiosa.

—¿Quién ha dejado la puerta abierta?

Cuando escuché la voz de Kuma, me alegré tanto porque habían vuelto. Con el niño en mis brazos, salí corriendo a recibirlos pero me ignoraron.

—¿Dónde está Ivenda?

—Estoy aquí. —Ni caso.

Mamá fue la primera en llegar al cuarto de baño y gritó de espanto. Fue desagradable, muy molesto, escucharla llorar tirada en el suelo. Cuando vi mi cuerpo pálido con los ojos abiertos, se me aceleró el corazón. En ese punto me di cuenta de que había partido y que mi

destino era seguir otro camino distinto al que siguen los humanos en la tierra de los vivos, no sabía que la muerte se sentía así, jamás la había experimentado. Kendi era un niño, ¿qué iba a saber él? Balbuceaba cerca de mi oído mientras su baba caía por todo mi hombro.

—Perdóname, mi niña. —Sollozaba—. Lo siento mucho, hija mía. Vuelve, por favor.

Esa fue la última vez que vi a mi padre y a mi hermano, Kuma, salieron dirección a la casa de Muagonya, tampoco supe si la encontraron. Pero tuve la gran ocasión de despedirme de mi madre, aunque ella no me viera. Quise abrazarla pero la atravesaba y no me quedó de otra que observarla con mucha pena.

—Te quiero mucho, mamá. Sé fuerte, que la vida pasa volando y Dios quiera que nos volvamos a encontrar.

Si algo aprendí en los trece años de vida que tuve fue que mamá tenía razón, no se equivocaba cuando decía que “a veces es bueno aprender por las malas”, espero que jamás se les olvide.

GUINEA ESCRIBE VIII

**MÁS ALLÁ DE LA OCURIDAD, ... EL AMOR**  
**JOSÉ ATANASIO ASÚ**

**TERCER PREMIO, BATA**



“Andábamos sin buscarnos, pero sabiendo que andábamos para encontrarnos”, esa frase de la novela “Rayuela”, de Cortázar, siempre se me viene a la cabeza cuando pienso en Mercedes y todos los eventos que ocurrieron para poder conocerla, desde los más trágicos a los más hermosos. Es imposible conocerlos todos, nunca se sabe cuál ha sido la mariposa cuyo aleteo provocó el tornado de las miles que puede haber.

Todo comenzó, solo para tener un punto de partida, cuando tenía 8 años y todavía vivíamos en la ciudad de Mongomo. Los médicos habían dicho a mis padres que tuvieran cuidado conmigo. En un examen médico por una conjuntivitis, se percataron de que mis retinas eran frágiles; mis padres, ambos maestros, hicieron todo lo posible por seguir las indicaciones médicas, pero reconozco que era demasiado travieso, no tenía planeado quedarme todas las tardes sin jugar, podían pedirme todo menos eso. Y un día, jugando al fútbol en el parque, me caí. Esa fue la última visión que tuve del mundo, mi cara yendo al verde de las hierbas y de repente ya no más colores, las bombillas de mis ojos se apagaron para siempre, los cristales que hacían posible que penetrara la luz del mundo a las ventanas de mi alma y llenaran de claridad el edificio de mi ser se volvieron opacos y oscuros. Tuve miedo y lo primero que hice fue gritar de horror, ¡no veo!, ¡no veo! Recuerdo estar gritando en el suelo. Me imagino el horror en la cara del resto de niños, no podía verlos, pero el silencio, acompañado de algunos, “¿qué te pasa Nathan?”, “¿te han golpeado en los ojos?”. En todas estas voces se percibía cómo el miedo distorsionaba la frecuencia e intensidad del sonido. Estas voces chocaban como ásperas piedras en mis oídos y se

mezclaban en mi cerebro con el pánico de la oscuridad que percibían mis ojos, si es que aún podían percibir algo.

Los siguientes meses fueron quizás los peores de mi vida. Pasaba todo el tiempo en el cuarto, con la mirada perdida, intentando abrir los ojos con todas mis fuerzas a ver si algún haz de luz podría superar la oscuridad y darme esa claridad que anhelaba. Mi madre lo estaba pasando mal, siempre intentaba darme fuerzas, era muy cristiana, creía que, si Dios me había quitado los ojos, era por alguna razón. Me hubiera gustado verla aunque fuera sólo una vez más; era la mujer más bella que conocía, aunque algo me decía que ahora estaba cubierta por un halo de tristeza, que detrás de esas palabras reconfortantes, se ocultaba un rostro triste; que esas manos húmedas que me guiaban por la casa habían estado secando sus lágrimas durante la noche, pero reconozco que en aquel momento solo me concentraba en mí, en mi oscuridad, en el abismo que tenía por delante y debía saltar, para encontrar otro nuevo. No faltaron los tíos y tías que vinieron de diferentes partes del país, tras enterarse de lo ocurrido, los que relacionaron el evento con alguna maldición, otros recomendaban a un curandero que podía viajar al mundo de los espíritus y liberar mis ojos, que estaban en posesión de algún abuelo o tatarabuelo que llevaba tiempo muerto. Para los médicos, había sido un desprendimiento de la retina, no había nada que pudieran hacer. De todo lo que se dijo en aquel momento, son las palabras de mi padre, las que todavía resuenan en mi mente como ecos traídos por una brisa que supera los años. “Esto es lo que te ha pasado, ya no podemos hacer nada, solo seguir adelante, a partir

de ahora, el mundo será diferente para ti, quizás muchas cosas que antes eran fáciles se vuelvan difíciles, pero eso no debe desanimarte, debes ser fuerte y superar estos obstáculos, siempre podrás contar conmigo, con todos nosotros, te quiero, hijo mío”. Podrían parecer palabras normales, pero el punto fuerte de mi padre jamás fue la expresión, entre nosotros siempre había estado esa barrera que existe entre muchos padres de Guinea Ecuatorial y sus hijos, un muro que convierte la relación entre ambos en casi militar, un muro que se derrumbó con la caída de mis retinas.

El apoyo que recibí en esta etapa fue muy importante, tanto de mis padres como de mi hermano y mi hermanita. Fueron pocos los momentos en los que me sentí como un inútil, casi siempre solo ocurría fuera de casa. Se solía decir que no hay mal que por bien no venga, esa expresión es la típica que a uno le hace estallar de rabia en el momento de una tragedia, pero que solo el tiempo puede hacer que se vuelva bienvenida y gratificante, en aquel momento solo me producía rabia oír algo así. Después de todos estos años puedo decir que así es, pero ojalá que el mal nunca viniese, por muchos bienes que traiga después.

Tuvimos que mudarnos a Bata, principalmente por mi educación. En esa ciudad se encontraba el mejor colegio para ciegos, no fue un cambio fácil para ninguno de la familia, peor para mí, al menos en Mongomo me sentía mucho más orientado, Bata era una ciudad mucho más grande, según decían, iba ser todo un reto para mí, pero con mi familia a mi lado, me sentía como un atleta

dopado, podía correr kilómetros con la seguridad de que ningún rival me alcanzaría.

En esta época tuve la oportunidad de conocer a otros niños como yo, casi todos eran ciegos de nacimiento, la luz para ellos era un misterio, me acuerdo que a veces me pedían hablar sobre los colores, “¿era cierto que uno podía verse a través del agua?”, “¿el sol era una bola en llamas o tenía la forma de estrella de mar que podían apreciar en las figuras de cartón que habían recortado para adornar la sala?”... Recuerdo el sentimiento de melancolía que me invadía, a veces, al recordar las viejas imágenes de objetos, lugares, paisajes y personas que había conocido, “daría todo por poder ver solo por un día”, decían algunos, pero no es justo evocar esos recuerdos como viejas fotos mojadas de melancolía y tristeza, ya que, aquella fue una buena época de la que guardo excelentes recuerdos, que no quiero que se manchen con el tono melancólico que pudieran evocar mis palabras. Los chistes, los juegos, fueron increíbles, los paseos con mi perro y otras veces con Gaspar, mi hermano, y Yeli, mi hermanita, por el paseo marítimo de Bata, junto a mis padres, la brisa, el olor del mar. Me acuerdo de que Yeli, las primeras veces, no podía creerse que tanta agua pudiera estar junta en un solo lugar, era la bañera más grande que había visto en su vida, decía. La vez que la probó y la noto salada, preguntó a mamá, si los habitantes de Bata todos iban a llorar ahí, y eran esas lágrimas las que daban ese sabor.

Lo mejor de mis años de escuela e instituto en Bata fue aprender la lectura y escritura braille, devoré un montón de libros, mis dedos recorrían miles de páginas, y mi mente se sumergía en ellas, leer se convirtió en mi

mayor pasatiempo; descubrí nuevos mundos, hasta recuerdo haber leído una vez un libro en el que todos los personajes se quedaban ciegos que me hizo muchísima gracia, pero también seguía gustándome el fútbol, y solía ver o, mejor dicho, escuchar la retransmisión de algunos partidos, me encantaban los comentaristas que podían transmitir su pasión y la emoción del momento con sus voces. Me acuerdo de mi primer beso, de ese escalofrío que experimenté subiendo mi cuerpo. Creo que tuve una buena adolescencia, igual a la de todos los niños, con la excepción quizás de que no pude los cambios que experimentó mi cuerpo, no me metía en el cuarto a mirar si ya me salía vello púbico o en los sobacos, y salir a contarlo a mis amigos con orgullo como hacían algunos chicos. Mi adolescencia estuvo llena de alegría y amor, una vez acabado el instituto, entré en la universidad a estudiar filología española, el aleteo de mil mariposas, los planetas se estaban alineando, estaba cerca de conocer a Mercedes, quien trajo el haz definitivo de luz a mi oscuridad.

Por aquel entonces estaba en el segundo año de carrera, iba a haber una charla sobre el mantenimiento y la conservación del patrimonio cultural por parte de un grupo de estudiantes de arqueología, sociología y creo que antropología cultural, ni sé que me hizo acudir a ella. No puedo decir cómo era aquella sala, pero por el aire que corría, me la imagino como un lugar abierto, con buena iluminación y repleto de sillas. Me estaba preguntando qué hacía ahí, hasta que escuché una voz, era la voz más tierna que jamás había atravesado mi conducto auditivo. Fue especial, como siempre se lo recordé, creo que me enamoré de ella a la primera

escucha; su voz fue para mí como los cantos de sirena que contaban habían hecho sucumbir a muchos marineros en la mar. Aquella voz era de Mercedes, una estudiante de antropología. Me da vergüenza admitirlo, pero ya no me acuerdo bien de qué iba su intervención, espero que no se entere. Fue la primera chica de la que me enamoré, y hasta hoy, 20 años después, la única. Supuso un gran cambio en mi vida, conectamos desde el primer momento que intercambiamos palabras, busqué todo tipo de pretextos para que eso ocurriera, era una chica inteligente, con unos valores que la hacían única. Me acuerdo en la primera cita que tuvimos, el olor a limón de su perfume que le daba un toque natural y salvaje, la textura de sus suaves manos al tacto, la dulzura de su voz, su risa, si hay algo por lo que pagaría para ver es la sonrisa que tiene.

Siempre insistió en que no era muy hermosa, y yo siempre le decía que en un mundo oscuro como en el que yo vivía, la hermosura no estaba en el rostro, sino en la voz, el carácter, lo que uno proyecta y transmite, las acciones, las palabras, y para mí, encontraba belleza en todo eso en ella, eso era lo más importante. Fue gratificante poder compartir pasiones como la lectura o la música. Me acuerdo de decirle en una ocasión que prefería mil veces ser ciego que sordo, estaba de acuerdo con Nietzsche, cuando decía aquello de que la vida sin música sería un error.

Es hermoso poder compartir los buenos y malos momentos con alguien, tuve a mi familia para salir adelante, pero con Mercedes marqué mi verdadero camino. Los años pasaban volando, me acuerdo de unos días de lluvia en los que nos quedábamos todo la jornada

en el cuarto leyendo, escuchando música, haciendo el amor. En una de esas ocasiones, Mercedes comenzó a leer aquella novela de Rayuela, se puso a reír cuando leyó aquello de andábamos sin..., “¿sabes?, creo que tiene razón, no sabemos qué cosas, personas, experiencias podemos encontrar en la vida, andamos sin buscarlos, pero en alguna parte de nosotros sabemos que andamos para encontrarlos”. Eso es cierto, Mercedes, respondí; es todo el camino que recorreremos, lo que da sentido a cada nuevo momento y experiencia, me alegro de tenerte aquí, no sólo andaba sin buscarte, no solo andaba sabiendo que debía encontrarte, andaba sin poder verte, es una suerte estar aquí, el aleteo de mil mariposas al mismo tiempo, eso eres para mí, te quiero, y quiero casarme contigo. Me besó y me dijo que sí, entre lágrimas de alegría. Han pasado ya los años, hemos crecido, criado a tres hermosos hijos que, a pesar que nunca los vaya a ver, eso no me resta nada para poderlos querer.

Creía haber perdido todo aquel día con 8 años, pero no fue así, la vida siempre sigue y debemos correr tras ella, aquella caída con la que todo mi mundo se oscureció, con la que se fueron los colores, la luz del sol y la luna, quizás sólo haya sido una puerta que se cerró para poder abrir otras miles. Después de todos estos años, quiero creer que aquel fue no un final, sino un comienzo; el comienzo de una nueva vida, las dificultades nos pueden destruir o hacer más fuertes, tuve la suerte de contar con mi familia, mis amigos, Mercedes. Espero que al igual que aquellos libros que tanto leí con amor, este fragmento de mi vida sea una voz en la oscuridad, una antorcha de luz que vuelva a conducir por el camino a

aqueellos que se sienten perdidos y solos, por muy oscuro y largo que sea el túnel, al final siempre hay luz.

**PURA RESILIENCIA**  
**BEATRIZ MBASOGO NGUEMA ADA**

**TERCER PREMIO, MALABO**



Sonará arrogante decir que admiro mi lucidez, ayer sumé el quinto año consecutivo como la mejor abogada del gabinete “Pierre y Paul” y en meses cumpliré mis 33 años con mucho orgullo.

Antes de partir abstraí cualquier rastro de complejo o pesimismo que los agentes colaterales usasen para mancillar mi imagen. Ellos lo denominaron como presunción, pero lo defino como autoestima porque nunca prescindí de la humildad.

Sin necesidad de una gama de añadidos estéticos me convertí en el paradigma de belleza del evento, opté por un vestido rojo ajustado que ponía al descubierto la estructura de mis caderas y dejé suelta mi abundante melena. Mencionar que fue larga la ceremonia organizada por el 1 de mayo, en la que los superiores alzaron mi estima con halagos y agasajos por destacar seguidamente. Como era factible suscitó celos en reducidos compañeros, pero mi mente ya lo tenía presagiado. De tanto zarandear por el salón de eventos de la cuarta planta de Colinas Boutique Hotel con mis calzados formales de la recién lanzada colección de Yves Saint Laurent, me visitó la fatiga alcanzando mis tobillos e invisibilizando mis hoyuelos de tanto esbozar sonrisas empáticas como respuestas a las fingidas frases de felicitaciones que encabezaban con un abrazo o un estrechamiento de manos, según prefiera cada participante. Me revestí de una coraza que me hacía inmune a toda alusión dañina, pronunciando concisa en mi elocuencia sin desviar el foco temático.

De modo ingenioso me escaqueé del protagonismo retornando soporosa con Ana a mi apartamento cargando unas canastillas, cuando me fijé que en mi reloj digital

frisaban ya las 3 h de la madrugada, ruta al conticinio nocturno. En medio de la serenidad y la penumbra, nos dejamos arrellanar en un sofá del recóndito balcón con la cerviz en la almohada sedosa y los pies en un escabel, para después contemplar juntas lo rutilante que lucía la constelación en esa noche.

Mi amiga Ana tenía una curiosidad explícita que no distinguía cuándo expresar su inquietud y cuándo silenciarla, pues, sin preámbulos, me destapó la cicatriz más oculta de mi memoria con el disparo de una pregunta.

—María... ¿cómo fue la muerte de tu madre?

En verdad, el tiro fue fugaz, la bala me alcanzó neutralizando mis pensamientos al hacer un viaje de retroceso hasta aquel día. En segundos se hizo notar el suspense acompañado de un silencio tétrico que supe desenfocar emitiendo un bostezo letárgico, arqueé la ceja irónicamente y me dejé afinar las cuerdas vocales ingiriendo un sorbo de lambrusco servido a media copa que sostenía con la mano derecha.

—Bueno, bueno —murmuré antes de colocar la copa en la mesilla y luego narrarle a Ana mi torbellino emocional.

—Bueno... Todo iba a la perfección o eso creía yo, hasta que el cosmos decidió llevarme la contraria al canjear mi estatus normal recorriendo superficies escabrosas y en un intervalo de 9 horas salí de la ataraxia a un abismo de desolación.

—Te escucho, María.

—Recuerdo aquella mañana de época navideña, un soleado domingo 28 de diciembre del 2008. El día comenzó emitiendo villancicos en cada hogar,

incluyendo el nuestro, junto al armario que sostenía el pesado televisor de marca SHARP. Colocamos el árbol de Navidad que diseminaba melodías en bucle transmitiendo paz y armonía. Me desperté una hora antes que ella y me puse a ordenar los espacios y, sin ser consciente de su incorporación, me llamó la atención con un zumbido y una palmadita en el trasero, porque un rato antes me estuvo llamando, pero la música alta de mis auriculares impidió mi receptividad. Tras cruzar las miradas nos dejamos llevar con un abrazo. Sentí su palidez, que era consecuencia del estrés y decidí hacerme cargo del puesto de hortalizas que teníamos implantado en Semu. Una vez instalada ahí, pude notar la escasez de demanda de nuestros productos y lo percibí como algo insólito con la temporada que hacía sabiendo que era la época más solicitada del año, puesto que los comerciantes gozaban de su mayor periodo de esplendor para decaer a finales del verano. Creo que mi falta de conocimiento me cegó para ser ostensible a los indicios de la tragedia que se aproximaba. Mi tía Esther apareció en el puesto a las 16:47 horas con las manos hundidas en los bolsillos y la frente fruncida. Se mostraba taciturna, algo inverso a la fama locuaz y pretenciosa que resaltaban en ella. Apremiante, me pidió regresar a casa cogida de su mano. Sin dilaciones, guardé las cosas sin añadir objeciones porque su voz brusca sonaba sollozante portando misterio en la expresión. Caminamos precipitadas en zancadas que aceleraron nuestra llegada y, de repente, un instante abstruso en el que recuerdo columbrar la vista a pocos metros de mi morada, mientras descendía cada peldaño de la escalera que nos regaló el suelo abrupto del terreno, noté que una multitud

invadía el porche frontal de la vivienda con atuendos oscuros, quienes, al verme, afligieron sus rostros... Enmudecí siendo consciente de lo transmitido, pues era menor, pero no ingenua, porque sus facciones transmitieron a la perfección el desbloqueo del código melancólico que acongojó mi viveza. Me descalcé irrumpiendo veloz al salón como flash, perdiendo los estímulos cuando vi yacer el cuerpo de mi fuente de fortaleza en un ataúd sobre un catre. Para entonces, le decían cadáver a la mujer altruista, valiente y emprendedora que se encargó de allanar mis senderos volviéndose casta cuando falleció mi padre. Pensé en silencio *¿me habré vuelto nefelibata o son efectos del delirio?* Las conjeturas se extinguieron cuando las manos fibrosas de tío Chiqui me sujetaron y su prominente panza alcanzó mi lomo. Supongo que sería un gesto de apoyo, pero en realidad fue el motor que propulsó la hélice y desamarró el ancla del barco que me lanzó de modo inefable a un mar de llantos. Mi corazón lloró como nunca con lágrimas del alma que inundaron mi mundo con hedor a desolación, sentí una soledad absoluta cuando toqué las manos de mi madre y no pudo devolverme la reacción que anhelaba de su exánime cuerpo, envuelto en prendas blancas. Y así se fue y el dolor llegó. Esta fue la balanza que quebrantó mis recuerdos hasta enervar mi ego.

Poseída por el insomnio, aquella noche transcurrió tan paulatinamente que aparentaba tener horas extras como la final del mundial entre Argentina y Francia disputada el 18 de diciembre del 2022.

Junto a la ventana deslicé la persiana para observar el cielo y reclamarle el porqué me había cortado las alas

cuando el firmamento me había concedido el privilegio de sonreír al alba cada vez que los labios de mamá emitían un sonido de despedida cuando se iba a Semu o se ponía a rezar, pero como era lógico, el universo no cedió, hasta que entre susurros afloró el famoso *kong* en las alusiones que hacían las caras extrañas que sirvieron de compañía en el velatorio.

A los tres días abandoné mi hogar de nacimiento para trasladarme a uno nuevo, la tía Esther se convertiría en mi tutora legal a nivel familiar desde aquel incidente y con ella la convivencia no fue favorable, aunque en las primeras semanas mostró ser apacible para después volverse insolente. Tuve que convertirme en ama de casa a los 15 años y mi tía revivió su adolescencia con mi incorporación; se vestía con prendas ajustadas propias de personas de mi edad y salía en cada ocasión mientras la responsabilidad del hogar recaía en mí. Pensé que salir del hoyo lúgubre sería una utopía, pero recordé lo versátil que era mi madre, y al ser su único legado debía renacer entre las cenizas como el ave fénix, no ser precaria, sino una guerrera invicta que persistió hasta convertirse en una mujer llena de privilegios y virtudes.

Durante mi trayectoria, los ánimos se me hacían pedazos con una nube oscura que amohinó mis mañanas con la sensación de caer en la perdición, hasta que nació un destello de luz que juntó las porciones de mi sed de fortaleza. Describí una espiral de emociones llena de injurias y prejuicios al convivir con seres perversos que construyeron en mí una versión muy contraria a la que yo reconozco. Fue difícil y doloroso madurar mientras sembré entre lágrimas. En la niñez contemplé la vida como un jardín de gardenias en primavera porque la

ingenuidad cegó mi sentido más valioso volviéndome inmune a percibir los dolores ajenos... En cambio, la adolescencia marcó mi vida al ser la época imperativa que sirvió de pilar para construir el fundamento moral, social y personal que hoy me define... Es un sentimiento loable poder decir que estoy orgullosa de mis logros, hice de mi experiencia una linda y pura resiliencia. Cualquiera puede caerse, pero cualquiera no se levanta porque aquí solo sobreviven los valientes, amiga mía.

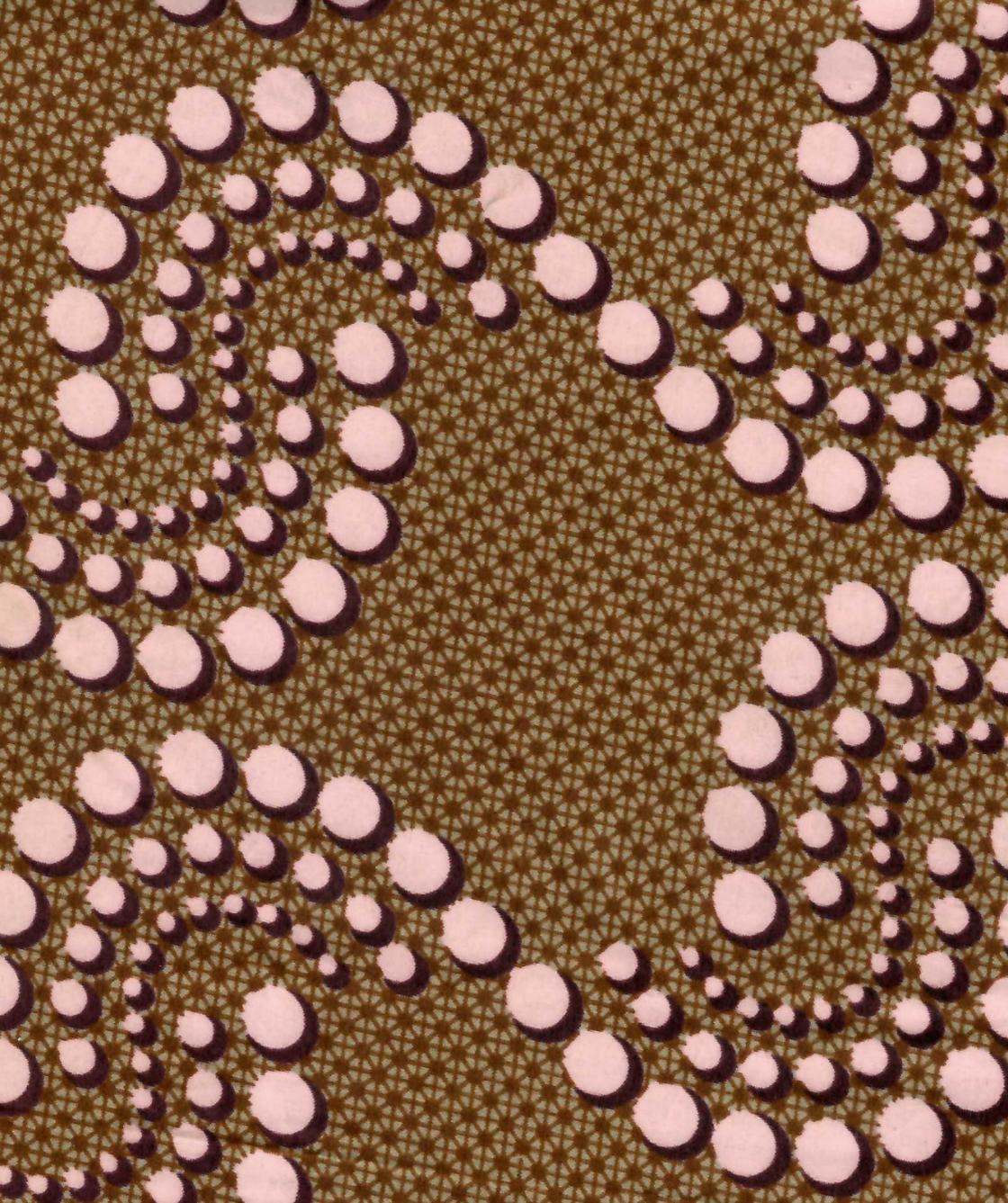
—Zzzzzz!!! De acuerdo.

—¿En serio?

Cuando giré la cabeza, Ana ya había conciliado el sueño, la muy estúpida me dejó hablando sola. Le cubrí con la manta y juntas pasamos la noche en el balcón.

Impreso en Miyoman, Bata, diciembre 2023





MINISTERIO  
DE ASUNTOS EXTERIORES, UNIÓN EUROPEA  
Y COOPERACIÓN



aecid



Cooperación  
Española